

Un recorrido teórico a la territorialidad desde uno de sus ejes: El sentimiento de pertenencia y las identificaciones territoriales

Isabel Avendaño Flores¹

Recepción: 4 de marzo de 2010 / Aprobación: 25 de mayo de 2010

Resumen

Este documento de corte teórico enlaza a la geografía con la cultura. El objetivo es vincular ideas expresadas por distintos autores y de disciplinas variadas sobre el sentimiento de pertenencia y las identificaciones. Al lado de los vínculos de dominio y las formas de apropiación territorial son temas que han repuntado recientemente, a propósito de las relaciones glocales y el supuesto desdibujamiento del territorio. Estas páginas inician con una exploración sobre la manera en que las personas ordenamos el mundo desde un centro –ego/geo/etnocentrismo- que da pie al surgimiento del sentido de lugar. Luego, se analiza la topofilia y la topofobia, el adentro y el afuera y, las pertenencias y las identificaciones territoriales. Se menciona al Estado nación como una entidad

Abstract

This theoretical document links geography and culture. The objective is to join some ideas expressed by different writers from a diversity of disciplines about the feeling of belonging or possession and identification. Next to issues such as links to control and acquisition of territories, these have been discussed recently in regards to glocal relations and the disjoining of the territory. These pages start with the exploration of the way in which people arrange the world from a center -ego/geo/ethno-centrism, which starts the feeling on the “place”. Then analyzes, topophilia and topophobia, the “in” and “out”, the belonging or possession feelings and the territorial identifications. The nation-state is mentioned as a matri-patriotic entity that arises feelings of a mythical

¹ Profesora de la Escuela de Geografía e investigadora del Centro de Investigación en Identidad y Cultura Latinoamericanas (CIICLA), Universidad de Costa Rica. Correo electrónico: isabel.avendano@ucr.ac.cr; iavend01@gmail.com

matripatriótica que suscita sentimientos de fraternidad mítica. Ello se encadena con el patriotismo, el nacionalismo y el sentido de comunidad. En la existencia de un traslape de escalas, finalmente, se sugiere cómo nos encaminamos de una escala del yo a una de la Humanidad y en donde, en vez de la fragmentación nos enrumbamos a la integración pero con planos y escalas superpuestas.

Palabras claves

Territorialidad / Sentimiento de pertenencia territorial / Identificaciones territoriales / Topofilia / Topofobia

fraternity. This is linked to patriotism, nationalism and the sense of community. In the presence of a mix of scales, it is finally suggested how we align ourselves from an individual to a 'mankind' scale where, instead of fragmentation, we set course to integration using superimposed plans and scales.

Key words

Territoriality / Territorial membership feeling / Territorial identifications / Topofilia / Topofobia

Resumo

Este documento de cunho teórico relaciona geografia com cultura. O objetivo é associar idéias expressas por diferentes autores de várias disciplinas sobre o sentimento de pertencimento e identificação. Além dos vínculos de dominação e as formas de apropriação territorial, são temas atuais que dizem respeito às relações globais e à suposta desterritorialização. O texto se inicia com uma exploração sobre como as pessoas organizam o mundo a partir de um centro ego-geo-etnocêntrico, que dá origem a um sentido de lugar. Em seguida, se analisam a topofilia e a topofobia, dos pontos de vista interno e externo, as pertencimentos e as identificações territoriais. Menciona-se o Estado-nação como uma entidade "matripatriótica" que suscita sentimentos de fraternidade mítica. Este aspecto está relacionado com o patriotismo, o nacionalismo e um sentimento de comunidade. Por fim, sobre a existência de sobreposição de escalas, se sugere que nos encaminamos de uma escala do Eu para uma de Humanidade e onde, em vez da fragmentação nos dirigimos para a integração, mas com planos e escalas sobrepostas.

Palavras Chave

Territorialidade / Sentimento de pertencimento territorial / Identidades regionais / Topofilia / Topofobia.

Presentación

En la aldea global y en esta nueva era de la comunicación, la palabra territorio se ofrece poco atractiva. Sin embargo, hoy día parece haber ganado un nuevo ímpetu y alcanzado una nueva etapa. Se escucha que se han superado las barreras espaciales y por otro lado, que los horizontes se interrumpen. Surgen incertidumbres sobre la forma en que significamos los «lugares», cómo nos relacionamos con ellos o de qué manera conservamos el sentido de lugar local. Persiste una noción –idealizada– de una época en que los lugares estaban habitados por comunidades coherentes y homogéneas y por otra parte, también se nos habla de la fragmentación.

Este artículo se propone reunir conceptos para afrontar el papel jugado de las pertenencias y las identificaciones como uno de los ejes que explican el término de «territorialidad». Desde la perspectiva geográfica, la territorialidad se define como la acción de significar un lugar y con ello, proteger, ratificar, defender, marcar, generar y alterar el territorio mediante hábitos, ritos, costumbres, prácticas y usos por un sujeto individual o colectivo. Los otros dos ejes conceptuales que enlazan a la territorialidad son los vínculos de dominio y de poder, y la apropiación vista como forma(s) de vivir y habitar un territorio.

En estas páginas se pretende enfatizar en el sentimiento de pertenencia y en las identificaciones territoria-

les debido a que estas nociones no solo configuran un tema sumamente interesante sino que establecen una de tantas correlaciones entre cultura y geografía. A través de este prisma, podrá deducirse que lo territorial es una temática transdisciplinaria. Dado que el objetivo es elaborar un tejido conceptual, metodológicamente, estas líneas parten de la revisión bibliográfica secundaria y conciernen a una investigación más amplia. En general, el artículo está organizado partiendo de una escala del «yo» y planteando la construcción de la escala de la Humanidad; a la vez, se sugiere que más que desintegración en muchos «yoes» se tiende a la integración. Por otro lado, que las distintas escalas se superponen y en donde la construcción socio-simbólica de los lugares guarda un carácter transversal (residencia/laboral, público/privado, local/global).

El amor por la tierra natal y el geocentrismo

Los seres humanos ordenamos el «mundo» de una forma egocéntrica. Se considera que el egocentrismo y etnocentrismo son dos rasgos humanos universales². Esta especie de omfalismo (ombligo) posee fuerzas que varían extensamente entre

2 La crítica de la sospecha recuerda que todos los valores universales son «valores particulares universalizados» y sospechosos en virtud de que la cultura universal es la de los dominantes (Bourdieu, Pierre. Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción. Barcelona: Editorial Anagrama, S.A., 2002 1994. p. 128).

individuos y grupos sociales³. El ego-centrismo es el hábito de ordenar el mundo cuyos componentes disminuyen rápidamente de valor conforme se alejan del yo. El ser humano como la medida de todas las cosas denota un simbolismo del centro que sobrevivió en el mundo occidental hasta casi la Edad Moderna⁴. Fuera de la experiencia íntima con su cuerpo y con la gente, el ser humano organiza el territorio de modo que se conforme con y abastezca a sus necesidades biológicas y relaciones sociales (si está cercano o distante). Se asignan valores a partes del cuerpo y a su vez, las mide. Se juzga tamaño y distancia. El cuerpo es «cuerpo vivido» y el territorio es «territorio humano interpretado»⁵.

Organizar el mundo u otorgarle sentido es una práctica territorial. Incluso, desde la escuela de Piaget se descubre que las nociones topológicas (vecindad-lejanía, continuidad-discontinuidad, interior-exterior, conjunción-disyunción, etc.) se alcancen primero que las nociones proyectivas y las euclidianas, geométricas o métricas (distancia, ángulos, medida, etc.)⁶. A partir de estas disertaciones,

es posible entender que toda territorialidad o dominio se organice alrededor de capacidades y se denominaran con metáforas orgánicas:

«Las concepciones tradicionales de la acción recurrían a menudo a metáforas orgánicas en sus alusiones: el conflicto [entre dos] era un mano a mano, el combate era a brazo partido, la justicia era ojo por ojo y diente por diente, un debate franco era a corazón abierto, la solidaridad era hombro con hombro, la comunidad era cara a cara, la amistad era uña y carne y el cambio era paso a paso»⁷.

Con un orden del mundo a partir de un centro, se establece el sentido de lugar, es decir, el sentimiento de pertenecer. La palabra espacioso se asocia a la importancia de estar libre; tener libertad implica tener espacio, un sitio, un lugar; significa tener la energía y lugar para actuar. Estar libre tiene varios niveles de significado; es la capacidad de superar la actual condición y esta transcendencia implica, según Tuan⁸, la energía elemental de moverse. En el acto del moverse, el espacio y sus cualidades se experimentan directamente.

Sujetándose a una concepción subjetiva, lugar y espacio son dos experiencias comunes: «lugar» es seguridad; «espacio» es libertad. Más

3 Tuan, Yi-Fu. *Topophilia: A study of environmental perception, attitudes and value*. New York: Columbia University Press. 1990. p.30.

4 Cfr. Eliade, Mircea. *El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición*. Madrid: Alianza Editorial S.A./Emecé. 2004. p. 25.

5 Tuan, *Topophilia...*, Op. cit. p.34.

6 Vilà Valentí, Joan, *Introducción al estudio teórico de la geografía*, Barcelona: Editorial Ariel, S.A., 1983. p.27.

7 Bauman, Zygmunt, *Cultura como praxi*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 2002. p.43.

8 Tuan, *Topophilia...*, Op. cit. p. 52.

adelante, esta última idea se refuta a partir de planteamientos de Bauman y el costo de oportunidad que implica contar con libertad. Tuan dice que no hay lugar como el hogar⁹. Incluso, la zona de seguridad en ciertos juegos infantiles es el hogar.

¿Qué es hogar? Es el sitio en que se hace la lumbre; es la vieja casa, el viejo vecindario o la ciudad natal (*motherland*)¹⁰. Los planificadores evocan «un sentido del lugar». Hasta este momento parece que espacio es más abstracto que lugar. Sin embargo, espacio se convierte en lugar cuando conseguimos conocerlo mejor y dotarlo con valor¹¹. De lo expuesto, estamos enterados de la seguridad y de la estabilidad, así como, de la amenaza y el riesgo que proporciona el lugar. Además de estas relaciones de proximidad ¿Existirán otros factores para que un lugar evoque algún sentimiento?

La topofilia y la topofobia son valores otorgados a un territorio

A lo largo de la historia, la Humanidad no solo ha propendido a migrar sino que se debe a tal tendencia. Paradójicamente, también es cierto que los seres humanos desarrollan un

sentimiento de amor, apego, arraigo o enraizamiento por un territorio. Esto último se conoce en la jerga geográfica bajo el concepto de topofilia, y a su opuesto, con el de topofobia. La topofilia y el sentimiento de pertenencia resultan sinónimos.

Bourdieu¹² nos define «philia». Señala a aquella palabra que suele traducirse por amistad y que designa el rechazo del espíritu de cálculo; el lugar donde se deja en suspenso el interés en el sentido estricto del término, es decir la búsqueda de la equivalencia en los intercambios. Sin embargo, *philia* en asociación con territorio apela a la naturalidad de este sentimiento. Al respecto, Fustel de Coulanges¹³ brinda algunas pistas mediante el análisis de la ciudad antigua de Grecia y Roma. Esto llama la atención en virtud que el término «territorio» se forjó en latín.

Según describe de las antiguas creencias, el alma permanecía asociada al cuerpo. La muerte no los separaba y quedaba encerrada con él, en la tumba. Era necesario que el cuerpo quedara recubierto de tierra; un alma sin tumba, carecía de morada, vivía errante. Cada familia tenía su tumba; los muertos descansaban unos al lado de otros. Los de la misma sangre se enterraban juntos y nadie de distinta familia se le admitía. Fustel

⁹ Tuan, Yi-Fu. Space and place. The perspective of experience. London: Edward Arnold (Publishers) Ltd. 1977.

¹⁰ Tuan, Topophilia..., Op. cit. p. 6.

¹¹ Idem, p.6.

¹² Bourdieu, Op. Cit, p.128

¹³ Fustel de Coulanges, Numa Denis. La ciudad antigua: estudio sobre el culto, el derecho, las instituciones de Grecia y Roma. Santafé de Bogotá: Panamericana Editorial Ltda. 2005.

de Coulanges deleva una asociación entre el derecho a la propiedad privada, la religión y la familia. La religión prescribía que el hogar estuviese fijado al suelo; prohibía abandonar la tierra en que se había fijado el hogar y en el que reposaban los restos de los antepasados divinizados:

«el dios de la familia quiere tener una morada fija... mediante el hogar inmutable y la sepultura permanente, la familia ha tomado posesión del suelo, la tierra ha quedado, en cierto sentido imbuida y penetrada por la religión del hogar y de los antepasados... no fueron las leyes quienes garantizaron al comienzo el derecho de propiedad, fue la religión»¹⁴.

Cuando las personas cambiaban de lugar y pretendían evitar cualquier profanación, cargaban consigo un terrón, simbolizando el suelo sagrado en que habían sido enterrados sus mayores y a los que estaban unidos por sus manes –seres divinizados–. Llevaban consigo el suelo de su familia y de sus abuelos, y practicaban ceremonias diciendo: «...ésta sigue siendo la tierra de mis padres, terra patrum, patria, aquí está mi patria, porque aquí están los manes de mi familia»¹⁵. De lo expuesto, quedó sentada la correspondencia entre padres y patria, y entre familia y tierra. No obstante, la correlación con tierra natal continúa siendo una interrogante.

Patriotismo y nacionalismo: otros conceptos asociados con la topofilia

El patriotismo hace referencia al apego que siente una persona hacia una *terra patria*, tierra natal o lugar de su nacimiento. El Estado-nación asumió la tierra natal como fundamento de su propia soberanía¹⁶ y por ende, lo organiza políticamente. En épocas antiguas, el patriotismo se abocaba a un sentimiento local. Más tarde, se debía lealtad al señor, la ciudad o ambas. Pero el sentimiento se extendía de manera variable; no se trataba de una tierra con «límite exacto» o soberano¹⁷. Alguien es «nacional» o tiene tal o cual nacionalidad cuando está adscrito a la categoría política y por ende, al ordenamiento jurídico concreto del Estado nación. De esta forma, la nacionalidad se convierte en una situación social, cultural y territorial; el vínculo del individuo con un Estado concreto le genera derechos y deberes recíprocos.

La soberanía tiene sus raíces en dos filosofías aparentemente irreconciliables del Estado moderno o el estado nación occidental: el racionalismo con la búsqueda de un propósito y una eficacia y; el romanticismo mediante la demanda de sentimientos como la base de toda acción.

¹⁴ Idem. p. 61, 66, 67.

¹⁵ Ibidem.

¹⁶ Bauman, Zygmunt. *Identidad*, Madrid: Editorial Losada, S.L. 2005. p.47.

¹⁷ Tuan, Topophilia, Op.cit. p.100.

La «soberanía» del Estado-nación se basa en el uso legítimo de la fuerza física y es el Estado, el único que declara las guerras y redacta los tratados de paz, controla la fuerza policial y las prisiones, y regula cuando un ciudadano puede llevar armas. Al utilizar este monopolio de la fuerza para proteger, controlar y expandir la actividad económica, el Estado podría funcionar o se le puede considerar, como el proveedor más racional de bienestar público¹⁸.

El nacionalismo implica la sobrevaloración de lo «nacional» y la exclusión de la «comunidad» nacional del «otro», así como, una cierta hostilidad hacia los vecinos. El nacionalismo es una -no la única- de las bases del patriotismo. En el ámbito académico como en el político ha influido bastante, en parte se debe a la tradición dominante del pensamiento filosófico, político y jurídico de Occidente. Según ha sido estudiado, desde Platón hasta Carl Schmitt, el nacionalismo establece un vínculo de propiedad o de pertenencia mutua entre la comunidad de sangre y la comunidad de suelo, entre etnia y suelo¹⁹.

18 Baumann, Gerd. El enigma multicultural. Un replanteamiento de las identidades nacionales, étnicas y religiosas. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 2001. pp.32-33.

19 Campillo, Antonio. "Ciudadanía y extranjería en la sociedad global". En: Pedreño C., Andrés y Manuel Hernández P. (coordinadores). La condición inmigrante. Exploraciones e investigaciones desde la Región de Murcia. Murcia: Universidad de Murcia. Vicerrectorado de Extensión Cultural y Proyección Universitaria, 2005. p. 114.

Desde los Estados-ciudad de la Grecia antigua hasta los Estados-nación de la Europa moderna, la comunidad política ideal fue concebida como un organismo social aislado y arraigado, étnicamente homogéneo, que habita y domina de forma exclusiva un territorio determinado; circunscrita tanto demográfica (mediante lazos temporales de consanguinidad o filiación parental) como geográficamente (mediante lazos espaciales de convivencialidad o vecindad residencial). Para poder preservar de forma segura y duradera este doble vínculo de sangre y de suelo, se postuló que la comunidad política ideal debía ser completamente autárquica o soberana, esto es, debía autoafirmarse mediante la separación física, la diferenciación simbólica, el parentesco endogámico, la autosuficiencia económica y el conflicto bélico con las demás comunidades «extranjeras»²⁰.

Este nexo entre la etnia y la tierra-suelo ha sido postulado por los más diversos mitos nacionales como un designio divino, ley natural o ambas cosas al mismo tiempo. Además, ha sido remitida simultáneamente al pasado y al porvenir: es un vínculo originario, una herencia legada por los antepasados desde tiempo inmemorial. Al mismo tiempo, es un destino, una promesa solemne, una lucha heroica, una misión sagrada que es preciso llevar a su pleno cumplimiento. A cada pueblo le estaría destinado un territorio determinado, y cada territorio sería el legado divino y la propiedad

20 Idem.

natural de un solo pueblo. Este vínculo sagrado entre la etnia y la tierra, los padres y la patria, la voluntad divina y la ley natural, la herencia recibida y la misión encomendada, ha adoptado en Occidente dos grandes versiones míticas: la griega de la autoctonía²¹ y la judía con la tierra prometida.

Pertenencias e identificaciones: construcciones de madera identitaria

Zygmunt Bauman y Stuart Hall encadenan el tema de las pertenencias con el de las identidades²². Desde la vertiente sociológica, el concepto de identidad es polifacético. En general, denota lo que las personas se hacen sobre quiénes son y lo que tiene

sentido para ellas²³. Para los autores recién mencionados, la identidad se ancla tanto en pertenencias como en identificaciones. Las primeras –en plural– se eligen, corresponden al ámbito de la «seguridad reconfortante», a la red de relaciones próximas y están cercanas a la libertad, por tanto, constituyen una alternativa. Las identificaciones son de cualidad discursiva, según Stuart Hall²⁴. Se trata de construcciones culturales, incompletas y siempre están en marcha. Pertenencias e identificaciones son de madera identitaria, sin embargo, las primeras guardan mayor relación con la identidad que las segundas²⁵ porque son nuestra alternativa. Insistimos, en la necesidad de distinguir entre ambas categorías.

«Adentro» y «afuera»; el «ser» y el «estar» en el lugar; topofilia y topofobia

Las pertenencias invocan al «dentro»; este recurre a cosas y personas vistas, encontradas, tratadas o con las que se ha interactuado en la rutina habitual y en la cotidianidad. Como se deduce, el círculo del geocentrismo se amplió: el «dentro» es el lugar donde nadie se encuentra perdido,

21 Las variantes modernas del mito de la autoctonía han sido de dos tipos: unas pretendían demostrar la superioridad biológica y cultural de la «raza» blanca europea sobre el resto, para justificar la conquista y dominación imperialista de las «razas» inferiores de ultramar. Otras pretendían demostrar que una determinada «nación» europea contaba con una historia diferenciada y un arraigo milenar en un determinado territorio del continente, para dar legitimidad ideológica a la homogeneización étnica de los grandes Estados-nación, a sus reclamaciones territoriales, a las aspiraciones soberanistas de los grupos étnicos carentes de Estado propio y a las guerras nacionalistas entre todos ellos, Idem, p.115.

22 Bauman, Identidad, Op. cit.; Bauman, Zygmunt. Comunidad: En busca de seguridad en un mundo hostil. Buenos Aires: Siglo XXI de Argentina Editores, 2005 y Hall, Stuart. "Introducción: ¿Quién necesita "identidad"?". En: Hall, Stuart y Paul du Gay. Cuestiones de identidad cultural. Buenos Aires: Amorrortu, 2003. pp. 13-39.

23 Giddens, Anthony. Modernidad e identidad del yo. El yo en la sociedad en la época contemporánea. Barcelona: Ediciones Península. 2000. p. 60.

24 Hall, Op. cit.

25 Bauman, Cultura.... Op. cit.

sin palabras y sin estar seguro de cómo actuar. Es el sitio para sacarse la armadura y desempacar, afirma Bauman, donde es excesivo probar o defender algo, ya que todo está simplemente ahí, es obvio y nos parece familiar. Las añoranzas hogareñas que vive un inmigrante, por ejemplo, son un anhelo nostálgico hacia el pasado; denota el impulso a sentirse en casa, reconocer y pertenecer al propio entorno; implica un sueño de pertenencia; ser un «hijo de la patria». Esto nos permite distinguir entre el «ser» y el «estar» en el lugar.

En contraposición, «fuera» -«allí fuera»- es donde, si se llega a entrar, se hace ocasionalmente. «Afuera» ocurre lo impredecible e incomprensible, se desconoce cómo reaccionar una vez que han ocurrido cosas o bien, de lo poco conocido y constituye un ámbito del que poco se espera y al que escasos cuidados se dedican. Aventurarse «allí fuera» significa desbordar lo conocido, estar fuera de lugar y del propio elemento, situación que invita a problemas y a terribles perjuicios. Por ello, cuando alguien decide tomar rumbo del «aquí» hacia el «allá», surgen sentimientos de inseguridad y temores. «Dentro» significa:

«la *douceur d'être inclu*», comprendiendo ese «deseo primario, el de pertenecer, pertenecer a un grupo, ser acogido por otro, por otros, ser aceptado, conservado, estar seguro de los apoyos con que se puede contar, tener aliados»²⁶.

²⁶ Idem, p. 54.

Se puede perder ese «adentro» y con ello, quebrantar la seguridad del hogar. Se puede ganar «adentro», si es que se gana, pero significaría perder libertad ya que es «sometimiento». En conclusión, la seguridad y la libertad son dos valores igual de preciosos, codiciados e irreconciliables de forma plena y sin fricción²⁷.

En vista que se han establecido diferencias entre las pertenencias y las identificaciones, la idea tradicional de que las pertenencias pueden ser analizadas a diversas escalas, desde una casa, una ciudad, un Estado, el planeta o el universo, amerita algún cuidado como se verá a continuación. Lo cierto es que, la pertenencia que el Estado nación se ha atribuido, aspecto que podría considerarse trivial, merece cierta dedicación. En primera instancia, porque es inexistente la alternativa y más bien, la pertenencia hacia el Estado nación es parte del engranaje discursivo con reglas definidas socialmente, que gobiernan y enmarcan las actividades.

El Estado nación: ¿Escala de identificaciones o de pertenencias?

Charles Taylor²⁸ anuncia que la pertenencia nacional es un tema es-

²⁷ Bauman, Comunidad. Op. cit. p. 11.

²⁸ Taylor, Charles. "Nacionalismo y modernidad". En: McKim, Robert y Jeff McMahan Comp. . La moral del nacionalismo. Orígenes, psicología y dilemas de parcialidad de los sentimientos nacionales. Volumen I. Barcelona: Editorial Gedisa, S.A., 2003. pp. 53-86.

pinoso pero ineludible. Zygmunt Bauman ha sido inmejorable al acusar que en:

«Un moderno y líquido escenario vital, las identidades [nacionales] constituyen tal vez las encarnaciones de ambivalencia más comunes, más agudas, más profundamente sentidas y turbadoras».²⁹

Como lo exponen algunos autores, proponemos dos puntos: desprenderse de la concepción de identidad como algo fijo, estático y por ello, abrirse al concepto propuesto de Stuard Hall de «identificación». Por otro lado, evitar la confusión que puede generar el término «identidad nacional» si, únicamente, es vista como una sucedánea de comunidad y entendida como el «hogar natural» o círculo que se mantiene cálido por fríos que sean los vientos del exterior.

De acuerdo con Taylor³⁰ y de la forma en que se ha desarrollado la sociedad, el ser ciudadano ha adquirido prioridad sobre una legión de polos diferentes como la familia, la clase social, el género e incluso, la religión. En estrecha comunión, ciudadanía y democracia surgieron y crecieron juntos durante los veinticinco siglos de la historia de Occidente, pero lo hicieron en el marco conceptual e institucional circunscrito por el ideal político de una comunidad étnicamente ho-

mogénea y territorialmente delimitada. El moderno Estado democrático demanda un alto grado de «patriotismo», es decir, de un fuerte sentido de identificación con la sociedad, con la tierra natal y su organización política y con el tener disposición a entregarse en su beneficio. En otras palabras, el moderno Estado democrático crea un fuerte sentido de identificación común y nacional; impide la alternativa por ello, deja de ser una pertenencia.

Las identificaciones hacia la familia, clase social, etc., impregnan la vida y resultan significativas en ciertos sectores de actividad pero a diferencia de la identificación nacional, lo que cristalice en ellas quedará como opción abierta, no conllevan la obligación –del tener que– como sí en lo nacional. Tampoco están por encima de cualquier tendencia como tarea del Estado moderno³¹. En el fondo, Taylor propicia la separación de los conceptos de pertenencia e identificación y justifica que el sentimiento que genera el Estado nación sea en algunos casos y momentos, ambivalente e inquietante.

El Estado nación acoge un carácter complejo debido a que es: «un ser a la vez territorial, político, social, cultural, histórico, mítico y religioso»³².

²⁹ Bauman, *Identidad*. Op. cit. p. 75.

³⁰ Taylor, Op. cit. p. 65.

³¹ Bauman, *Cultura...* Op. cit. p. 53; Miller, David, *Sobre la nacionalidad. Autodeterminación y pluralismo cultural*, Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A. 1997.

³² Morin, Edgar. "El estado-nación". En: Delanoï, Gil y Pierre-André Taguieff (compiladores). *Teorías del nacionalismo*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica S.A., 1993, pp. 453

Envés y anverso, asocia las nociones de comunidad y de sociedad. Es una sociedad en sus relaciones de interés, de competiciones, rivalidades, ambiciones, conflictos sociales y políticos. Igualmente, es una comunidad ya que crea pertenencias, actitudes y reacciones frente a un Otro. «Tener una comunidad», «estar en comunidad» desencadena una buena y agradable sensación. La sociedad puede ser mala; no la comunidad³³. Dentro de sus significados, transmite la promesa de placeres como un territorio cálido, un lugar acogedor y confortable, un hogar. Es el lugar donde «nunca somos extraños los unos para los otros»³⁴. Nótese que al hablar de transmitir, se está frente a una creencia, por tanto, ante una construcción cultural.

El Estado-nación al convocar «comunidad», apela a la emoción, al sentido de lugar. Al punto que, el «aquí» contra el «allí», «cerca» contra «lejos» o, también, «dentro» contra «fuera» son oposiciones que registran domesticación como familiaridad de los diversos fragmentos del mundo que rodean al ser humano³⁵. El sentimiento de pertenencia corresponde con el «dentro»; extrapolación de «en casa», de terreno familiar, conocido hasta el punto de la evidencia o, incluso, de la invisibilidad. Se asumen escenarios, no en el sentido físico sino respecto a intersubjetividad territorial. Se tra-

ta de «interioridad» o «exterioridad» como escenarios en el sentido del individuo en el lugar, de la experiencia que mantenga con ese lugar y no, un anclaje en construcciones materiales abiertas o cerradas.

Edgar Morin³⁶ retoma la expresión «comunidad destino» para señalar la fraternidad mitológica que sella al Estado-nación. Con «destino», Morin no hace referencia a una comunidad receptora, a movilidad, sino al encadenamiento de sucesos necesarios y fatales. Así, el Estado-nación es una comunidad destino que contiene la maternidad en su femenino y la paternidad en el masculino. La sustancia femenina conlleva las cualidades de la tierra-madre (*homeland*, madre patria), del hogar (*home, heimat*), y suscita, en los momentos comunitarios, los sentimientos de amor que experimenta la madre de forma natural. El Estado, de sustancia paterna, dispone de la autoridad absoluta e incondicional del padre-patriarca y a quien, se le debe obediencia absoluta.

La relación matripatriótica con el Estado-nación suscita, frente al enemigo, el sentimiento de fraternidad mítica de los «hijos de la patria». El mito nacional se bipolariza. En el primer polo yace el carácter espiritual de la fraternidad entre «hijos de la patria». En el segundo, la fraternidad mitológica se torna biológica, que une entre sí a seres de la misma sangre, lo que tiende a suscitar el mito

33 Bauman. Comunidad.... Op. cit. p. 8.

34 Ibidem

35 Bauman. Cultura.... Op. cit. p. 38.

36 Morin. Op. cit.

segundo (y biológicamente erróneo³⁷) de la «raza» común³⁸. ¿Qué pretende evocar el Estado-nación? Invoca patria, a esa entidad consustancialmente materno/paterna que transfiere a escala de vastas poblaciones de individuos, las cálidas virtudes de las relaciones familiares entre personas que se creen pertenecientes al mismo hogar.

En ocasiones, el peso se inclina por la parte materna; en otras, por la paterna. De tal manera, la idea de nación implica un racismo virtual que se actualiza cuando el segundo polo se impone. Ello induce al sentimiento y a la necesidad de que tal trasfondo sobreviva. Es frecuente que la nación sea considerada como la mejor defensa de tal sustrato y a veces, como su encarnación.

Lo anterior queda mejor comprendido con la disertación que pro-

37 Las más recientes investigaciones de la paleoantropología, la genética y la lingüística comparada muestran que todos los humanos tenemos el mismo tronco genealógico; todos somos descendientes de unas cuantas bandas de cazadores y recolectores nómadas que vivieron en África hace casi 200.000 años y que apenas sumaban unos pocos miles de personas. Esto tiene tres implicaciones: 1) la idea de «raza» utilizada políticamente para justificar la lucha, la dominación, la segregación y el exterminio entre los diferentes grupos étnicos carece de base biológica, puesto que todos tenemos un árbol genealógico común y estamos emparentados unos con otros; 2) nuestros primeros antepasados no eran blancos, ni amarillos, ni cobrizos, sino que tenían la piel tan oscura como los negros actuales; 3) ningún pueblo de la Tierra es realmente autóctono, puesto que todos somos hijos lejanos de los primeros migrantes africanos (Campillo, Op. cit., p.107).

38 Morin. Op. cit. pp. 455-456.

pone Pierre Bourdieu³⁹, a propósito de: *family discourse*. Bajo esta argumentación, la familia mantiene un discurso en que la unidad doméstica es concebida como un agente activo, dotado de voluntad, capaz de pensamiento, de sentimiento y de acción, y basado en un conjunto de presuposiciones cognitivas y de prescripciones normativas referidas a la manera correcta de vivir las relaciones domésticas: universo en el que están suspendidas las leyes corrientes del mundo económico, la familia es el lugar de la confianza (*trusting*) y del don (*giving*) o de la *philia*. En el discurso de la familia por la familia hay modelos ideales y universales de las relaciones humanas (como el de fraternidad), y las relaciones familiares en su definición oficial tienden a funcionar como principios de construcción y de valoración de toda relación social.

Otorgamos valores de acuerdo con la forma en que nos fueron inculcados por las instituciones a las que pertenecemos –familia, escuela, iglesia-. El Estado nación es una institución que apela a otra institución que produce y se reproduce discursivamente. Lo que se pretende afirmar es que el Estado nación está sostenido por creencias, las que se transmiten por artefactos culturales a disposición de todos aquellos que pertenecen a ella (libros, periódicos, medios electrónicos). Lo anterior es lo que Benedict Anderson⁴⁰ llamó «comu-

39 Bourdieu. Op. cit. p. 128.

40 Anderson, Benedict. Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión

nidad imaginada». Pero imaginada no equivale a decir invención espuria sino que depende para su existencia de actos colectivos que encuentran su expresión a través de los medios de comunicación, los que posibilitan un imaginario colectivo⁴¹. De modo tal, hacia el Estado nación existe una identificación en el tanto que es resultado de la discursividad y la construcción cultural y, que está velada de pertenencia. Reiterando, una identificación con máscara de pertenencia.

La pertenencia se comprende por todo aquello que apela. La pertenencia a una nación existe cuando sus miembros se reconocen entre sí como compatriotas y creen compartir características relevantes por ser parte del «adentro». Por ello, el «adentro» es comunidad y esta, representa seguridad del hogar pero cuando se «gana adentro», se pierde libertad. El «adentro», el «ser y estar en comunidad» es un privilegio que, mientras se mantenga como sueño, es inofensivo e invisible⁴². Teóricamente se ha establecido una diferencia pero en la práctica, las evidencias empíricas señalan que las pertenencias son un sentimiento defendible.

Debido a que las fronteras de los Estados rara vez coinciden exactamente con las identificaciones de los

grupos que alberga, se asiente que el sentimiento de identidad territorial o de la conciencia de pertenecer puede albergar muchos lugares y a escalas muy diversas⁴³. El hecho de que las fronteras de los Estados nación modernos demarquen comunidades políticas nacionales no significa que los territorios sean «propiedad» del grupo dominante ni el hogar del grupo nacional mayoritario o titular. Hay algunos individuos que no pertenecen al grupo nacional dominante. Pero bajo una postura igualitarista aceptable, todos los individuos sujetos bajo la autoridad del Estado deben tratarse con igual consideración y respeto.

La «comunidad» como identificación

La existencia de personas no pertenecientes al grupo nacional dominante quiere decir, que en el territorio hay gente que tiene identificaciones múltiples y por tanto, también puede tener referentes territoriales múltiples. Tal situación, de acuerdo con Doreen Massey⁴⁴, puede ser una fuente de riqueza, de conflicto o ambas, por tanto, en primera instancia, propone abandonar la identificación persistente de territorio con la idea tradicional

del nacionalismo. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, S.A. 1993.

41 Miller. Op. cit. p. 64-65.

42 Bauman. Comunidad, Op. cit. p. 11.

43 Kymlicka. Will. Fronteras territoriales. Madrid: Editorial Trotta S.A. 2006. p.49.

44 Massey, Doreen. "La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones". En: Arfuch, Leonor (compiladora). Pensar este tiempo: espacios, afectos, pertenencias. Buenos Aires: Editorial Paidós. 2005. pp. 101-128.

de «comunidad». Primero, porque las comunidades pueden existir sin compartir el mismo territorio: redes de amigos, comunidades religiosas, étnicas o políticas importantes. Por otra parte, aquellos territorios que poseen «comunidades» estrictamente definidas o poseen grupos sociales coherentes, son probablemente casos raros. Existen las comunidades siempre y cuando se entienda, que están constituidas de personas que pueden albergar varios sentidos del lugar.

Además, Massey cree necesario tomar en cuenta relaciones entre lo local y lo global. Propone interiorizar la idea de que lo local como lo íntimo, familiar, cercano y constitutivo no es algo separado y diferente de lo global, lo lejano, virtual, usurpador y hegemónico. Aquí, Massey nos introduce en el tema de la cotidianidad. Giddens⁴⁵ por su parte, señala que la diversificación de las circunstancias de interacción suele ser pertinente ya que en muchas situaciones modernas, los individuos se ven envueltos en una multiplicidad de encuentros y entornos en donde cada uno puede exigir distintas formas de conducta «apropiada». Podría creerse que esto estimula simple e inevitablemente la fragmentación del yo en múltiples «yoes», pero como lo advierte Giddens, más bien que puede favorecer y en muchas circunstancias, una integración.

Pertenencias, reterritorialidad y desterritorialidad

Arjun Appadurai⁴⁶ sugiere distinguir entre «suelo» y «territorio» (hijos de este suelo). Para este autor, el suelo se relaciona con la pertenencia; el territorio trata de la integridad, el deslinde, la vigilancia y la subsistencia. Sin embargo, Appadurai se acerca a otros autores como Ortiz⁴⁷ o Massey cuando señala que al abrirse fisuras entre lo local, lo translocal y lo nacional, el territorio como base de la lealtad y el afecto nacional (suelo patrio), está cada vez más divorciado del territorio como lugar de la soberanía y el control estatal de la sociedad civil.

En repetidas ocasiones y para muchos ciudadanos de un país, las cuestiones prácticas de la residencia –estar en un lugar- y las ideologías de la patria, el suelo y las raíces –ser del lugar-, están separadas (reafirma los términos de Massey, Bauman). Los referentes territoriales de la lealtad cívica están divididos entre diferentes horizontes (lealtades de trabajo, residenciales y religiosos) pudiendo crear registros separados de filiación –identificaciones bajo lo postulado por Hall o bien, comunidades siguiendo lo planteado por Massey.

⁴⁶ Appadurai, Arjun. "Soberanía sin territorialidad. Notas para una geografía posnacional", *Revista Nueva Sociedad*, Núm. 163. setiembre-octubre. 1999. pp. 109-124.

⁴⁷ Ortiz, Renato. *Otro territorio*. Santafé de Bogotá: Convenio Andrés Bello. 1998.

Appadurai⁴⁸ ve que las disyunciones en los nexos entre espacio, lugar, ciudadanía y nación tienen varias implicaciones de largo alcance. Una, el territorio y la territorialidad son cada vez más la justificación de la legitimidad y el poder del Estado, mientras las ideas de nación parecen estar más impulsadas por otros discursos de lealtad y filiación, en ocasiones lingüísticos, raciales o religiosos, entre otros, pero muy raramente territoriales. Esto resulta comprensible, desde el punto de vista político en que se infiere que define territorio. Por ello, ve la nación como algo imaginario, al Estado-nación moderno como una organización compacta e isomórfica de territorio que está atravesando una crisis de envergadura⁴⁹. Reiterando, el argumento que define al territorio es el uso o la actividad y no el vínculo de propiedad. La existencia de características geográficas similares es paisaje mientras que actividad o uso es territorio.

Desde el punto de vista de la migración, para Appadurai⁵⁰, la reterritorialización entraña el esfuerzo de crear condiciones sin apoyarse en un imaginario nacional, sino solo en un imaginario de autonomía local o de soberanía de recursos. En estos casos, se crean y defienden formas de derechos (formales e informales; legales e ilegales) que permiten que el grupo desplazado continúe su re-

producción. En ese momento y condiciones, surgen los discursos de exilio y patria creando nuevos imaginarios locales. Desde esta vertiente, la reterritorialidad y su contraparte, la desterritorialidad se entienden en una perspectiva de escala.

Subráyese, aun cuando los procesos de territorialidad (re y des) se relacionen más con una escala local, Appadurai rechaza tal exclusividad de escala –parece contradictorio, pero no lo es. Los ejercicios de desterritorialización y reterritorialización pueden generar tensión entre uno o más estados nación merced a lógicas de relaciones locales, regionales y globales tipo dominó. Lo manifestado por Appadurai sigue la misma línea que en otras oportunidades han apuntado Martín-Barbero⁵¹, Castells⁵² o Massey⁵³ tocante a las territorialidades a escala local pero atravesadas por otros planos. Además, reafirma la idea de que la diversidad de circuitos de comunicación sobre una base territorial implica la continua creación y re-creación de distintas relaciones con los demás y con ello, la construcción de innovadas territorialidades y variadas identificaciones personales.

48 Appadurai, Op Cit.

49 Idem, p. 110.

50 Idem, p. 122.

51 Cfr. Martín-Barbero, Jesús. "Comunicación y ciudad: sensibilidades, paradigmas, escenarios". En: Giraldo, Fabio y Fernando Viviescas (comp.) *Pensar la ciudad*. Bogotá: Tercer Mundo S.A., CENAC y Fedevivienda. 1996.

52 Castells, Manuel. *El poder de la identidad*. Vol. 2. *La era de la información*. Madrid: Alianza Editorial. 1998.

53 Massey, "La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones", Op. cit.

A diferentes escalas geográficas, cada uno de esos territorios denotará identificaciones en forma progresiva como obra de una construcción social-comunicativa. Desde principios del siglo XX, en la obra de Mead y otros interaccionistas simbólicos se venía contemplando que el sujeto no tiene una identidad fija, biológicamente determinada y que puede asumir diferentes identificaciones en tiempos distintos, incluso, la idea de la coexistencia de algunos sí mismos elementales heterogéneos⁵⁴. De ahí que al hablar de territorio, también hay necesidad de remitirse a la diferencia entre pertenencia e identificación y referirse a las escalas.

La Humanidad: ¿una escala en proceso de construcción respecto a las pertenencias y las identificaciones?

En un análisis de la escala de la Humanidad es necesario referirse a dos aspectos. Primero, es un plano de integración superior que instituye una unidad referencial de la identidad del nosotros o identidad social, cada vez más importante. Segundo, guarda una estrecha consonancia con aspectos éticos y morales, tal como comenta Bel Adell⁵⁵.

54 Larraín, I. Jorge. Modernidad, razón e identidad en América Latina. Santiago: Editorial Andrés Bello. 2000. pp. 107-108.

55 Bel Adell, Carmen. "¿Fronteras abiertas, fronteras cerradas?". Papeles de Geografía 35. Universidad de Murcia. 2002. pp. 5-15.

«En un mundo en el que circulan libremente capitales y mercancías, ¿se pueden legítimamente poner fronteras a los empobrecidos, porque para los enriquecidos, no las hay».

Respecto al primer asunto, a finales del decenio de 1970, el sociólogo Norbert Elias⁵⁶ en «El proceso de la civilización», propuso un hilo histórico en las relaciones entre individuo y sociedad. Las nuevas generaciones elaboran de forma diferente el proceso social de conformación de su conciencia individual; los modelos de autorregulación que el individuo interioriza poseen un componente social y generacional. Además, los acoples entre estructuras individuales y las sociales son mutables y continuas. Sin embargo este autor enfatiza en el estadio de la niñez. Argumenta que, un individuo está lejos de ser estático, sin historia, sin relaciones con nadie, centrado en sí mismo, completamente solo y quien nunca fue niño. La sociedad está formada por un complejo montón de individuos interdependientes, con una «personalidad abierta», vinculados unos con otros, con un grado superior o inferior de autonomía relativa -nunca con una autonomía total y absoluta- y constituyendo conjuntamente grupos o sociedades de tipo diverso:

«desde el principio hasta el final de su vida, se remite y se orienta a otros seres humanos y depende de ellos»⁵⁷.

56 Elias, Norbert. El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas. México D.F. Fondo de Cultura Económica. S.A. 1989.

57 Ibidem p. 16- 28.

Para Elias⁵⁸, la relación Estado-nación-individuo-sociedad ha cambiado e infiere que seguirá haciéndolo en el futuro. La Humanidad se ha dirigido hacia una época en que cada vez menos, los Estados nacionales concretos determinan la identidad de los individuos. La tendencia hacia la agrupación de Estados o la Humanidad en su conjunto como proveedores de los motivos de formación de la identidad tanto individual como colectiva, apareja una creciente importancia del yo y una decreciente importancia del nosotros.

De acuerdo con este autor, el proceso de la civilización ha condicionado el cambio histórico del nosotros al yo y argumenta que en el futuro, el desarrollo de la Humanidad se encaminará hacia formas globales de convivencia por encima de las fronteras nacionales, alcanzará un nivel en el que predomine entre los seres humanos un perfecto equilibrio entre el nosotros y el yo. Por otro lado, el «nosotros» mantendrá, tal y como lo ha hecho históricamente, una multiplicidad de capas desde los círculos familiares más estrechos a los círculos de amigos, pueblos, ciudades, naciones, agrupaciones posnacionales de varios Estados y la humanidad en su conjunto. La identificación con cada uno de estos planos tiene una carga emocional diferente y el compromiso emocional del individuo va creciendo conforme aumenta el tamaño o el carácter abstracto del nosotros. Pero cuanto mayor sea el nivel de integra-

ción del «nosotros» mayor será también el crecimiento del individualismo y del valor otorgado al individuo. Parece que la Humanidad camina hacia un incremento todavía mayor de la subjetividad ya que en una sociedad cada vez más cosmopolita, el «nosotros» objeto de identificación se hace cada vez más abstracto y tiende a abarcar a toda la Humanidad.

Por otra parte, surge el problema de la menor carga emocional y mayor necesidad de argumentación racional en los procesos de identificación con un «nosotros» cada vez más amplio. Es mucho más difícil una identificación emocional con la Humanidad en su conjunto que, con la figura Estado-nación. Los límites del «nosotros» frente al «ellos» han sido modelados en los últimos siglos, así como, la conciencia colectiva ha sido definida a través de artilugios con los enfrentamientos armados con otros Estados nacionales e incluso, internos. Una concepción más amplia del nosotros provoca problemas debido al desajuste entre la pérdida del sentimiento de lo colectivo otorgado por el nivel previo en su más amplio sentido, el histórico y el pasado reciente, el de su país. Súmese que el nivel más elevado, el global, todavía no otorga sentido.

Elias anunciaba en la década de 1980 que este fenómeno es típico de toda fase de transición, ya que las identidades grupales no son fácilmente intercambiables y el proceso de identificación con el nuevo nivel de lo colectivo es largo y requiere

58 Ibidem.

menor fuerza emocional y mayor racionalidad. Sobresale en los términos de este autor, que la unión en un nivel de integración superior que tome en cuenta dos o más países, podría ser posible en la figura del inmigrante, pues hasta ahora, los individuos no se consideran a sí mismos como «yos» carentes de un nosotros. Las decisiones personales afectan también a consideraciones universales –el nexo, va de la persona al planeta. Papel importante en el sentir y la conducta del individuo, el equilibrio entre el yo y el nosotros y, por ende, la identidad del nosotros y el ideal del nosotros⁵⁹.

En cuanto a la segunda variante, la aldea global configurada por la progresiva concentración económico-financiera, el imperativo tecnológico y la interdependencia ecológica, excluye a continentes, pueblos y a un alto porcentaje de la población mundial. La exclusión y el empobrecimiento se han mundializado; la brecha de la pobreza y desigualdad mediante la centralidad de lo económico reduce las formas culturales a satélites funcionales del mismo. Entre otros, esto impulsa y promueve la migración⁶⁰.

Las pertenencias-identificaciones y su relación con los vínculos de dominio y las formas de apropiación territorial

La territorialidad es esa acción de significar un territorio mediante hábitos, prácticas y usos por un sujeto individual o colectivo. No obstante, la revisión bibliográfica hace hincapié en que no hay una única pertenencia ni identificación, sentido de lugar o de profesarse «adentro». No todas las personas que residen en un mismo lugar experimentan los mismos sentimientos ni con la misma intensidad hacia el lugar que comparten o con la tierra natal. El territorio y la experiencia vivida no están aislados, se relacionan con otros procesos, a veces incontrolados o ni siquiera percibidos, pero que influyen significativamente en la vida de una persona (trabajo, poder). Así, las pertenencias y las identificaciones lucen como un juego de fuerzas.

Al principio de este documento se indicó que se distinguen tres ejes que articulan la noción de territorialidad (los vínculos de dominio y de poder, las pertenencias y las identificaciones y la apropiación vista como forma(s) de vivir y habitar un territorio) y pese a que se enfatizó en el segundo, esta triada forma una unidad. Los vínculos de dominio y poder hacen del territorio un producto ideológico cuyas prácticas y expresiones materiales se ejercen en diferentes grados, por

⁵⁹ Idem, p. 256; Giddens, Op. Cit. p. 282.

⁶⁰ Bel Adell. Op. cit. p.8.

disparejos agentes y a la vez, puestas en marcha en distintas escalas. Como se apuntó antes, el espacio es político e ideológico y cuando aparenta neutralidad e indiferencia frente a sus contenidos, y por eso parece ser puramente formal y el extracto de la racionalidad, es precisamente porque ya ha sido ocupado y usado, y ya ha sido el foco de procesos pasados cuyas huellas en el paisaje pueden ser inciertas. El espacio está formado y modelado por elementos históricos y biofísicos y a la vez, está sometido a un proceso político⁶¹.

El sujeto individual y colectivo interactúa en el territorio con otros actores y sujetos cuyas matrices socioculturales, memorias, imaginarios e intereses son diferentes y hasta divergentes. En tal situación podrían estar latentes gérmenes de potencial conflicto territorial puesto que la diferencia es construida socialmente, por tanto, no es democrática, pluralista ni tiene la misma validez para todos, sino que existen jerarquías y dominios, y a veces, son de raigambre histórica. Por otra parte, los procesos políticos no empiezan ni acaban con los Estados: todas las instituciones sociales hacen su propia política. En el encuentro entre los diversos ejercicios de territorialidad, los actores impulsados por sus intereses y finalidades, disponen y distribuyen recursos, intervienen y establecen negociacio-

nes en su proceso de marcación de un territorio.

Respecto a los vínculos y las estrategias de apropiación territorial —tercer eje de la territorialidad, el individuo despliega sus prácticas —su permanente hacer— dentro de lo que son sus espacios de vida, amplios y dispersos o, concentrados, reducidos, fragmentados. Desde esta perspectiva, las prácticas cotidianas como el centro de la experiencia territorial tratan de identificar esos comportamientos, acciones, gestos, a veces minúsculos, otras veces no tanto, y en muchas ocasiones repetitivos, con los cuales las personas hacen sus lugares, los transforman material y/o simbólicamente, se apropian de ellos, les otorgan ciertas funciones, los eluden, los abandonan o los hacen suyos⁶².

Los territorios surgen de las relaciones de poder; las que establecen las normas; y las últimas, definen límites sociales como territoriales, porque determinan quién pertenece a un lugar y quién queda excluido, así como la situación o emplazamiento de una determinada experiencia. Si bien, la escala es un mecanismo organizador fundamental, entre escala y escala, entre territorio y territorio, entre prácticas y experiencias territoriales es inexistente un límite claro y preciso. Una casa o uno vecindario constituye

61 Lefebvre, Henri. *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial. 1972. p. 31; Lefebvre, Henri. *The production of space*. Oxford: Blackwell Publishers. 1991.

62 Lindón, Alicia. "La espacialidad de la vida cotidiana: hologramas socio-territoriales de la cotidianeidad urbana". En: Nogué, Joan y Joan Romero (ed.). *Las otras geografías*. Valencia: Editorial Tirant lo Blanch. 2006. pp. 425-446.

una localidad delimitada por la escala pero se instauran por la intersección de un conjunto de factores que coinciden allí, sin que su funcionamiento se restrinja al nivel micro. Las localidades surgen en la intersección de los procesos locales y globales, es decir, de las relaciones sociales que operan con el alcance de escalas. Los lugares ya no son «auténticos» ni están «arraigados en la tradición» sino que se definen por las relaciones territoriales que se entrecruzan y les proporcionan su carácter distintivo⁶³.

Por otra parte, las prácticas de las personas, en ocasiones son estudiadas bajo una óptica dicotómica: el «trabajo/residencia», «espacios públicos/espacios privados» o de género. Sin embargo, se ha demostrado que tal separación es débil debido a que remite a territorialidades «puras», cada día más difíciles de encontrar aunque frecuentes en otros momentos. Se sugiere que el estudio de territorios separados llevó a la constitución de un esquema analítico monolítico. Aunque existieran algunos diferenciados funcionalmente, se marginó que el sujeto en su cotidianidad conectaba territorios, llevando elementos de uno a otro y viceversa.

La construcción socio-simbólica de los lugares se impregna de distintas hibridaciones⁶⁴ con carácter trans-

versal. En principio, la transversalidad parece opuesta y contradictoria con la idea que ha manejado la Geografía de que cada lugar tiene rasgos particulares. Pero, pensar que cada lugar es único resulta insuficiente. Tal y como explicó Lindón⁶⁵, el devenir cotidiano construye lugares con vestiduras «singulares» bajo el entendido de que esas particulares combinaciones (no únicas) de rasgos presentes en distintos lugares, son movilizados por las personas a partir de sus experiencias y éstas, de sus valores. Y en esta movilización de subjetividades territoriales contribuye a que el sentido que se le otorga a un lugar no proceda de un rasgo o de varios que son propios de ese lugar, sino que también pueden proceder rasgos de otro sitio. Hay pareos territoriales de transferencia y movilización de sentidos.

Más allá de lo que se ha denominado lugares relacionales —formados por las relaciones sociales entre los grupos y los individuos— la escala asciende y desciende, como conjunto de actuaciones sociales que conectan, de un modo distinto para los disparejos habitantes, lo local con lo regional, o lo nacional con lo global y lo residencial con lo laboral, lo laboral con lo recreativo, etc. Finalmente, la transversalidad es mayor con intermediación de las comparaciones.

63 McDowel, Linda. Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas. Madrid: Ediciones Cátedra. 2000. p. 16.

64 Desde la perspectiva planteada por Néstor García Canclini (García C., Néstor. *Culturas*

híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad. México: Editorial Grijalbo. 1990) pero enfatizando en la dimensión territorial.

65 Lindón, Op. Cit., p. 432.

Las territorialidades están mediadas por la apropiación material y no material. La apropiación puede empoderar a un individuo o una familia y con ello, podrán solucionar sus problemas y construir su futuro. Es decir, la apropiación es el proceso de reterritorializar, el que puede asumir diferentes formas ya sea de acumulación de capital social, económico, cultural o simbólico.

De acuerdo con lo expresado, recorrimos el sentimiento de pertenencia y las identificaciones en distintas escalas: lo próximo y su asociación con el Estado nación, la Humanidad. Se debatieron y revisaron conceptos y es fácil discernir que de la misma manera que ha cambiado la sociedad y su realidad, lo han hecho los marcos conceptuales. A través del diálogo con términos como territorio vemos una gran coincidencia disciplinaria.

Bibliografía

- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica, S.A., 1993.
- Appadurai, Arjun. "Soberanía sin territorialidad. Notas para una geografía posnacional". En: *Revista Nueva Sociedad*, Núm. 163, Caracas, setiembre-octubre, 1999, pp. 109-124.
- Bauman, Zygmunt. *Comunidad: En busca de seguridad en un mundo hostil*. Buenos Aires: Siglo XXI de Argentina Editores, 2005 [2001].
- Cultura como praxis*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A., 2002[1999].
- Identidad*. Madrid: Editorial Losada, S.L., 2005.
- Baumann, Gerd. *El enigma multicultural. Un replanteamiento de las identidades nacionales, étnicas y religiosas*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A. 2001.
- Bel Adell, Carmen. "¿Fronteras abiertas, fronteras cerradas?". En: *Papeles de Geografía* 35, Universidad de Murcia, 2002, pp. 5-15.
- Bourdieu, Pierre. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Editorial Anagrama, S.A. 2002 [1994].
- Campillo, Antonio. "Ciudadanía y extranjería en la sociedad global". En: Pedreño C., Andrés y Manuel Hernández P. (coordinadores). *La condición inmigrante. Exploraciones e investigaciones desde la Región de Murcia*. Murcia: Universidad de Murcia. Vicerrectorado de Extensión Cultural y Proyección Universitaria, 2005.
- Castells, Manuel. *El poder de la identidad*. Vol. 2. La era de la información. Madrid: Alianza Editorial. 1998.
- Eliade, Mircea. *El mito del eterno retorno. Arquetipos y repetición*.

- Madrid: Alianza Editorial S.A./ Emecé, 2004[1951].
- Elias, Norbert. *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México D.F. Fondo de Cultura Económica, S.A., 1989.
- Fustel de Coulanges, Numa Denis. *La ciudad antigua: estudio sobre el culto, el derecho, las instituciones de Grecia y Roma*. Santafé de Bogotá: Panamericana Editorial Ltda., 2005[1864].
- García C., Néstor. *Culturas híbridas: Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Editorial Grijalbo, 1990.
- Giddens, Anthony. *Modernidad e identidad del yo. El yo en la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona: Ediciones Península, 2000.
- Giddens, Anthony. *Sociología*. Madrid: Alianza Editorial, S.A., 2004.
- Hall, Stuart. "Introducción: ¿Quién necesita "identidad"?". En: Hall, Stuart y Paul du Gay. *Cuestiones de identidad cultural*. Buenos Aires: Amorrortu, 2003. pp. 13-39.
- Kymlicka, Will. *Fronteras territoriales*. Madrid: Editorial Trotta S.A., 2006.
- Larraín, I., Jorge. *Modernidad, razón e identidad en América Latina*. Santiago: Editorial Andrés Bello, 2000.
- Lefebvre, Henri. *La revolución urbana*. Madrid: Alianza Editorial, 1972.
- Lefebvre, Henri. *The production of space*. Oxford: Blackwell Publishers, 1991.
- Lindón, Alicia. "La espacialidad de la vida cotidiana: hologramas socio-territoriales de la cotidianeidad urbana". En: Nogué, Joan y Joan Romero. *Las otras geografías*. Valencia: Editorial Tirant lo Blanch, 2006, pp. 425-446.
- Martín-Barbero, Jesús. "Comunicación y ciudad: sensibilidades, paradigmas, escenarios". En: Giraldo, Fabio y Fernando Viviescas (compiladores). *Pensar la ciudad*. Bogotá: Tercer Mundo S.A., CENAC y Fedevivienda, 1996.
- Massey, Doreen. "La filosofía y la política de la espacialidad: algunas consideraciones". En: Arfuch, Leonor (compiladora). *Pensar este tiempo: espacios, afectos, pertenencias*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2005, pp. 101-128.
- McDowel, Linda. *Género, identidad y lugar. Un estudio de las geografías feministas*. Madrid: Ediciones Cátedra (Grupo Anaya S.A.), 2000.
- Miller, David. *Sobre la nacionalidad. Autodeterminación y pluralismo cultural*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, S.A. 1997.

Morin, Edgar. "El estado-nación". En: Delannoi, Gil y Pierre-André Taguieff (compiladores). *Teorías del nacionalismo*. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica S.A., 1993, pp. 452-458.

Ortiz, Renato. 1998. *Otro territorio*. Santafé de Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Taylor, Charles. "Nacionalismo y modernidad". En: McKim, Robert y Jeff McMahan (compiladores). *La moral del nacionalismo. Orígenes, psicología y dilemas de parcialidad de los sentimientos nacionales*. Volumen I. Barcelona: Editorial Gedisa, S.A., 2003, pp. 53-86.

Tuan, Yi-Fu. *Space and place. The perspective of experience*. London: Edward Arnold (Publishers) Ltd., 1977.

Tuan, Yi-Fu. *Topophilia: A study of environmental perception, attitudes and values*. New York: Columbia University Press. 1990 [1974].

Vilà V., Joan. *Introducción al estudio teórico de la geografía*. Barcelona: Editorial Ariel, S.A., 1983.